

Las cuencas

Un tenue rayo de sol se abría paso a través de las ventanas de una casa solitaria, iluminando a su paso todo aquello que había sido envuelto por la oscuridad de la noche. Bajo unas sábanas algo malgastadas yacía un hombre de largas barbas y aspecto desaliñado. Sus ojos estaban fijos en el techo, del cual caía una gota cada ciertos minutos, que impactaba directamente contra la mejilla del muchacho; impidiendo así cerrar sus cansados párpados por mucho tiempo.

Sus piernas se movieron involuntariamente, dando largas y estridentes pasos en dirección al único lugar del hogar que llevaba cerrado tanto tiempo que le costaba recordar cómo era el interior. En lo que su mano se acercaba al pomo, su mente comenzó a divagar entre memorias que ya creía olvidadas. Su último recuerdo era aquella firma que indicaba el acta de divorcio y su posesión de la custodia.

Al ingresar al dormitorio, un olor putrefacto que recordaba a la muerte le hizo retroceder unos pasos y cubrirse las fosas nasales. En el frío suelo se posaba el cuerpo de una niña, su hija, tan preciosa que parecía irreal. Su cabello dorado caía por sus hombros hasta alcanzar el suelo, una piel tan suave y perfecta que parecía porcelana. La pequeña sonreía, de una manera escalofriante, pero a la vez adorable. era igual a su padre, tan parecidas que al mirarlas un miedo desconocido se posaba en el cuerpo de aquel que las observaba debido a las similitudes.

El hombre sonrió, y en pequeños pasos se acercó a su hija. Su sonrisa se agrandó al recordar la promesa que se hizo a sí mismo; acabaría con todo lo que le recordara a su antigua esposa. Una carcajada escapó de sus labios, haciendo eco, y sus mejillas comenzaron a doler por la intensidad de la sonrisa. Agarró a la pequeña y le deseó unos dulces sueños mientras la posaba en el suave colchón. antes de irse, volvió a mirarla, directamente a los ojos, los cuales, por desgracia, eran idénticos a los de su madre.

4A ESO

Cristina Luis Coscolín